

El problema en la investigación en historia: El conocimiento y el método: Un debate en el marco de las postmodernidad

ACUÑA, MEDINA, Alfonso

Colegio "La Inmaculada" de Maicao, La Guajira - Colombia
majupay1@hotmail.com

La cultura occidental ha elaborado la capacidad de poner al descubierto libremente sus propias contradicciones. Tal vez no las resuelva, pero sabe que existen, y lo dice.

Umberto Eco.

Presentación

Toda ciencia encuentra en el debate teórico y metodológico el medio irrenunciable para configurar y consolidar el estatus como disciplina que trata de explicar una parte de la realidad que integra el mundo. Es este examen lo que le permite decantar sus afirmaciones, catalogadas como científicas. Es por este camino que ella consolida su oficio y es en este cuestionamiento como se renueva y consolida su quehacer y es desde allí como ella cumple su cometido.

Si el cambio es una realidad incuestionable, las ciencias y sus elaboraciones también lo son. La labor del investigador es estar atento a estos cambios en el devenir, en su quehacer y prepararse para abordarlos¹. La Historia, tomada como campo problemático, como objeto de estudio o como acción

1 Es innegable que las circunstancias actuales de desarrollo de las ciencias y del debate epistemológico en torno a su problemática teórica y metodológica, se ha visto interpelada por la postmodernidad.

de investigación y escritura, atraviesa por los caminos que, lógicamente recorren todas las demás ciencias para consolidarse como tal, es inevitable que esto sea así dado que este ejercicio es lo que le proporciona a la ciencia la legitimidad y la consistencia que se le demanda para realizar su razón de ser.

En esta dinámica quiero compartir algunos criterios que considero se derivan de una primera lectura a una parte de los textos recomendados en el programa de Especialización en Historia Regional que desarrollamos en la Universidad Popular del Cesar, Valledupar, Colombia (U. P. C) los que confieso, despiertan todo mi interés. Hago referencia a el debate planteado por Elena Hernández Sandoica, en su texto “Los Caminos de la Historia”, páginas 229 a 301, y al que viene desarrollando también Julio Aróstegui en su libro “La Investigación Histórica: Teoría y Método, páginas 18 a la 54. Debo aclarar que es el primer intento que hago por escribir en torno a una temática que para mí es nueva y de la cual solo encuentro los argumentos que he logrado construir en el programa en el que me encuentro, además, las líneas aquí recogidas son la expresión de unas primeras lecturas, en un campo problemático demasiado complejo.

Unos criterios para el debate. El conocimiento historiográfico.

Estemos de acuerdo o no con la postmodernidad, ella ha desencadenado un profundo cuestionamiento a las bases conceptuales sobre las cuales se han levantado las ciencias en occidente. Desde la Lingüística, y particularmente con las elaboraciones de la Semiótica, se han formulado replanteamientos conceptuales que buscan un horizonte de explicaciones distintas a los problemas del conocimiento humano, especialmente, lo que conocemos como conocimiento científico.

La idea ha sido poner en cuestión todo el acervo de producción de conocimiento desarrollado por la cultura occidental que encuentran su fundamento en la racionalidad, específicamente, la racionalidad positivista, cuya propósito central pasa por alcanzar lo que a su juicio se conoce como conocimiento objetivo. La objetividad del conocimiento, entendida como el conocimiento cuya veracidad es indiscutible e irrefutable, a tal punto que supera las consideraciones del sujeto y su ámbito, se propone como el fin

último de toda empresa científica, todo saber que aspirara ser considerado como ciencia debería alcanzar el máximo grado de objetividad en sus planteamientos, tal ha sido la aspiración del paradigma positivista. La verdad científica del positivismo se construye en contra del sujeto.

La pretendida objetividad del conocimiento científico es seriamente cuestionada desde las nuevas interpretaciones elaboradas desde la lingüística, la Psicolingüística, la hermenéutica y la las principales corrientes filosóficas contemporáneas como la fenomenología (Husserl y Heidegger) y la filosofía Analítica-Lingüística (Russell, Wittgenstein y Popper) orientaciones que reivindican el valor de la subjetividad del conocimiento, bases conceptuales de la postmodernidad.

La sospecha que despiertan los metarrelatos (Lyotard), a partir de los cuales se organiza el cuerpo de las ciencias, tradicionalmente consideradas como tales en occidente, constituye el elemento clave del cuestionamiento que hoy se le hacen, desde estos y otros referentes, a las racionalidades de las ciencias positivistas. No existe la pretendida objetividad del conocimiento científico, se afirma desde los defensores de la postmodernidad subjetivista. Esta objetividad del conocimiento constituye otro de los llamados metarrelatos sobre los cuales se levantó el paradigma hipotético deductivo de la racionalidad positivista.

No hay lugar para hablar de conocimiento sin sujeto, todo conocimiento humano, entre ellos el científico, está condicionado por los códigos de la cultura, por el contexto sociocultural e histórico. El conocimiento viene a ser una elaboración colectiva, culturalmente relativo e históricamente valdero, tal es la visión que recoge el paradigma cualitativo, con cierto sesgo a los análisis y procedimientos metodológicos inductivos.

Este debate ha permeado todos los campos de reflexión y el resto de actividades humanas que demandan el uso de la inteligencia. La postmodernidad ha penetrado todas las ciencias y ha agenciado una reflexión a la cual no se puede escapar; la Historia no ha sido la excepción.² A la luz de la las nuevas tendencias que hacen presencia desde este nuevo paradigma, (la subjetividad), el conocimiento histórico viene siendo examinado para

2 Según Hernández Sandoica G. M. Spiegel y Reinhard Kosllec, representan esta tendencia en el campo problemático de la Historiografía.

determinar su consistencias tanto teórica como metodológica. Si el conocimiento histórico pretende levantarse como conocimiento científico, si pretende consolidar su campo de reflexión teórico y metodológico en el marco de las ciencias actuales, debe responder a los retos que hoy se le plantean desde la postmodernidad. Es decir, no es renunciando a este debate como se consolida y fortalece un campo donde confluyen diversas interpretaciones y perspectivas, es colocándose a la altura de la crítica de sus elaboraciones como un historiador y la historiografía fortalece su oficio, si es el caso, desde la postmodernidad.

Es en este panorama en que se ubica, creo yo, el debate planteado por Elena Hernández Sandoica, en su texto “Los Caminos de la Historia”, es este el debate que propone también Julio Aróstegui en su libro “La Investigación Histórica: Teoría y Método. Además del examen teórico y metodológico pertinente.

Para el caso de la historiografía contemporánea, se trata también de examinar, a la luz de los nuevos retos que viene afrontando este campo del saber, otros componentes de la problemática que permitiría la consolidación del estatus de la disciplina científica de la Historia, particularmente, en lo referente a la conceptualización, o si se quiere, a la categorización en la organización y estructuración del cuerpo teórico que respaldan a la Historia como disciplina del conocimiento de las Ciencias Sociales en el marco del debate planteado desde la subjetividad.

Es innegable el aporte elaborado por la Historia con base en la racionalidad positivista. Hasta bien entrado el siglo XX había sido el paradigma que predominó en todos los escenarios de las distintas ciencias modernas. Tomar distancia de esta racionalidad ha de ser un ejercicio de enorme valor para adentrarnos a la búsqueda de nuevos referentes que aporten a enriquecer un debate epistemológico necesario, especialmente, para las ciencias sociales, particularmente para la Historia.

Hoy es inevitable adentrarse en este debate como requerimiento para avanzar en las elaboraciones conceptuales de la Historia, en procura de consolidar sus argumentos como disciplina del saber. Esto es, si la Historia busca consolidar su marco teórico y disciplinar, vale decir, si pretende delimitar su problema y método, profundizar en sus argumentos para sustentar sus

afirmaciones y explicaciones, si tiene como necesidad establecer un sistema categorial para sus escritos y, si además, requiere delimitar sectores que les son afines, no tiene otra alternativa que participar del debate en cuestión. A estas alturas es pertinente también profundizar en la discusión en torno las posibilidades de enseñar la formación de los historiadores.

En el marco de la reflexión parece necesaria la pregunta por la validez y pertinencia de insistir en la supuesta objetividad del conocimiento, sustentado desde el paradigma hipotético deductivo tradicional, en el que “todo hecho particular quedará “explicado” en cuanto quede cubierto por una ley de carácter universal”³, en el requerimiento que una ciencia, para que acceda al estatus de tal, deba elaborar un cuerpo de categorías propias que le garanticen su identidad y le permitan construir su cuerpo teórico. Esta pregunta adquiere más relevancia hoy cuando se hace necesario contar con las ciencias auxiliares de la historia, en un panorama en el que se impone la interdisciplinariedad y transdisciplinariedad. O insistir en que, para que un saber tenga el carácter de ciencia primero debe delimitar un objeto y un método particular. Esto por cuanto a lo que asistimos hoy es a un cuestionamiento de estos prerrequisitos que han sido esquemáticamente establecidos por el positivismo. La pregunta se me ocurre porque considero que a estas alturas del desarrollo historiográfico este debate debería estar en otro lugar.

Componentes que alimentan este necesario debate son las preguntas que se formula Elena Hernández Sandoica, en su texto “Los Caminos de la Historia”, en las que deja entrever cierto tinte de escepticismo frente a las nuevas corrientes que vienen ganando espacios en los escenarios de las ciencias contemporánea, en especial, en la Historia: “¿Solo la retórica es pues, llegados a este punto del viaje, lo que nos queda en la superficie? ¿seguirá por mucho tiempo el descentramiento del sujeto humano- tanto más del sujeto social- a favor de la representación y los significados, entendidos como “culturalmente contruidos”?, ¿No hay, entonces, una realidad “objetiva” de la que podamos hablar, sino solo descripciones de esta, tamices, lecturas particulares, percepciones y recepciones, miradas nada más ...?

Todo racionalismo científico queda ciertamente, por esta vía extrema, puesta en cuestión”.(Hernández, 1995:336). A este respecto quiero traer al

3 Hernández S. Elena, p. 242 del capítulo 4.

debate las afirmaciones de Umberto Eco en torno a la irrenunciabilidad del cuestionamiento a sus elaboraciones conceptuales, como uno de los méritos de la cultura occidental.

Un elemento significativo para avanzar en el debate en cuestión tiene que ver con la así considerada “realidad objetiva”. A este respecto surgen diversas preguntas cuyo abordaje presupone el posicionamiento en un determinado referente teórico. En efecto, ¿qué es la realidad?, ¿cómo es ella? Además, ¿qué es la verdad?, ¿cómo se construye? La(s) respuesta(s) a estas preguntas convocan inevitablemente la mirada al sentido como se abordan las problemáticas desde los dos paradigmas que hoy hacen presencia en el campo de la investigación científica: el cuantitativo y el cualitativo.

Con base en el modelo cuantitativo de la racionalidad técnico-instrumental, la realidad es una y por tanto hay una explicación y una verdad, la misión de las ciencias es descubrirla (¿estuvo cubierta?) para lo cual basta con la aplicación del método apropiado. La realidad y la verdad son externas al sujeto, son ajenas al sujeto, hay que cuidarse de “contaminar” de sujeto las verdades científicamente descubiertas. Desde esta racionalidad se levantó también la idea de la neutralidad del investigador. Hoy se viene discutiendo la validez de estos presupuestos, especialmente, si se trata de las Ciencias Sociales, en particular de la Historia.

Desde el paradigma cualitativo la realidad es una construcción social y las verdades son múltiples. Lo que el hombre ha nombrado como realidad es una construcción social mediada por el lenguaje. Esta construcción colectiva es conocida también como Imaginario Colectivo, Universo Simbólico o Representaciones Colectivas.

No existe una explicación única y absoluta de la realidad, las verdades son relativas a los elementos culturales que la integran, las verdades no son descubiertas sino construidas desde los códigos de la cultura mediados por el lenguaje. En cuanto constructor de simbologías por medio del lenguaje, el hombre es capaz de construir la realidad; su realidad, válida solo para un momento histórico y su cultura. No es que en Geografía el hombre “construye” la tierra, para ilustrar con ejemplo; es ¿qué es la tierra para un Wayuu y en consecuencia como la piensa y la utiliza y qué es la tierra para los señores que explotan los carbones de esta tierra y para que la utiliza? ¿Con cuál

de las ideas en cuestión coincide la ciencia moderna? Esta parte del debate no se puede soslayar. ¿No es eso lo que plantea Armando Martínez⁴ cuando afirma que la noción de tiempo es una construcción del hombre y que, siguiendo a Heidegger, la noción vulgar de tiempo que ha predominado en la cultura occidental es un obstáculo epistemológico para el desarrollo de la ciencia y la historiográfica?

Quienes se encuentran posicionados en este horizonte consideran que lo objetivo viene a ser lo universalmente subjetivo (sentenció Gramsci, si la memoria no me falla.) se habla de Objetivación (Berger y Luckman) en vez de objetividad. Para estos dos sociólogos la realidad es una construcción social, gracias al interjuego de tres procesos simultáneos: la Interiorización, la Externalización y la Objetivación.

¿Qué retos le demanda a la Historia esta visión de la realidad?, ¿estarán los historiadores interesados en ahondar en esta perspectiva investigativa que viene ganando terreno en el campo de otras Ciencias Sociales?, ¿qué argumentos esbozan a favor o en contra?, ¿resisten los argumentos historiográficos el análisis desde la postmodernidad? Estas, entre otras preguntas, son claves para el abordaje de la problemática en torno al conocimiento de la Historia en tiempos actuales.

A estas alturas del debate epistemológico respecto del conocimiento construido por la Historia, uno tendría que preguntarse por la pertinencia de colocar la objetividad en el centro del problema, a la manera como la han planteado las ciencias naturales. O la división entre ciencias duras versus ciencias blandas, o la creencia de que primero se descubren los hechos y después se construye la ciencia ¿no será más bien que el objeto se construye y reconstruye permanentemente en la medida que se profundiza en el conocimiento?, ¿es lo mismo pensar la Historia hoy que pensarla en los tiempos de Herodoto? Por lo demás, ¿no será este otro falso problema que le resta energías y tiempo a la profundización a otros componentes disciplinares más pertinentes y prioritarios?

Pero insisto, un componente de cardinal importancia en las pretensio-

4 Me refiero al texto "Apuntes de teoría de la historia", sustentado por este investigador de la historiografía, en el marco del programa de Especialización en Historia Regional que venimos desarrollando.

nes de consolidación disciplinar de la Historia como ciencia, tiene que ver con la elaboración y explicitación de un cuerpo de categorías o conceptos, no necesariamente exclusivas y excluyentes, para expresar sus elaboraciones. Este avance constituye un indicador, entre otros, de los niveles de profundidad y complejidad de la disciplina investigativa. Simultáneamente “la aparición de nuevas formas de teorización del conocimiento de la historia, la aparición de progresos metodológicos generales o parciales o, lo que resulta más inmediato, la exploración de nuevos campos o sectores o, en último caso, la aplicación de nuevas técnicas, es lo que habrá de dar lugar a un cambio en el vocabulario aceptado” (Aróstegui, 1995) Es en este escenario en el que se podría ubicar los aportes en curso desde la postmodernidad.

En la coyuntura actual, con la irrupción de nuevos horizontes introducidos por las elaboraciones de lo que se conoce como postmodernidad, la Historia, en tanto disciplina de un saber debe salir enriquecida con nuevos elementos conceptuales y categoriales que apuntalen su desarrollo como campo del conocimiento social. De no ser así, no tendría sentido el abordaje de esta problemática desde esta disciplina. A este respecto puntualiza el mismo Aróstegui (1995) “La vitalidad de una disciplina se muestra, entre otras cosas, en su capacidad para crear un lenguaje, como hemos dicho. Hay que hacer, por tanto, la propuesta teórica-metodológica de que los esfuerzos por la formalización real de una disciplina historiográfica no olviden nunca la relación estrecha entre las conceptualizaciones claras y operativas y los términos específicos en que se expresan”.

Vale decir, los esfuerzos legítimos por la consolidación teórica y metodológica de la Historiografía contemporánea, debe acompañarse de un cuerpo de categorías que le permita la elaboración conceptual de sus definiciones y su eficaz comunicabilidad. Esto exige adentrarnos en el debate de la Lingüística para recoger de ella lo requerido en este propósito, en modo alguno se tratará de pretender hacer de los historiadores unos teóricos de este campo, (la Semiótica) se trata solo de recoger los potenciales aportes de este campo a la Historia, como Ciencia Social, ¿no viene afirmando la Semiótica que el hombre es tal por su capacidad de construcción de símbolos por medio del lenguaje? Si esto es así ¿qué repercusiones tendría para el presente y futuro de la Historiografía?, ¿Con que argumentos se podrían negar tales afirmaciones?, ¿no es desde la Semiótica que se le dio un impulso a las

posibilidades del conocimiento historiográfico cuando esta ciencia amplió el concepto de texto?.

El problema del Método en Historiografía

Hablar de la problemática del método científico nos remite obligatoriamente al racionalismo cartesiano como la piedra angular que sustentó el discurso metodológico de la cientificidad hasta bien entrado el siglo XX. El método cartesiano posibilitó el logro de las ciencias naturales, especialmente en los campos de la Física, a Bioquímica, para solo mencionar dos casos, pero también permitió que el hombre llegara a la luna y los otros avances que en la actualidad conocemos de los viajes al espacio exterior.

No obstante, uno tendría que preguntarse porqué estos niveles de logros no se han alcanzado en las Ciencias Sociales. Es decir, ¿por qué las denominadas Ciencias Sociales no han alcanzado ese nivel de desarrollo, a pesar que muchos investigadores sociales han aplicado dichas nociones metodológicas en sus trabajos?, ¿no será tiempo de mirar otras posibilidades de desarrollo metodológico, distintos al racionalismo cartesiano para implementar en las Ciencias Sociales, y particularmente en la Historia?, ¿por qué seguir cargando ese lastre de ser consideradas, desde esta racionalidad, como “ciencias blandas”?, ¿por qué muchos investigadores del campo reproducen este señalamiento?.

No cabe duda que toda ciencia debe definir meridianamente un qué y un cómo? Es decir, toda ciencia debe delimitar al menos su Qué estudiar y las maneras para poder arrancar. El cuerpo de categorías es la resultante de sus elaboraciones y de su nivel de desarrollo conceptual, teórico y metodológico. Pero ¿por qué insistir en el mismo planteamiento cartesiano?, ¿por qué no poner en cuestión este planteamiento y mirar otras posibilidades? Creo que es aquí donde los planteamientos de la postmodernidad y de la subjetividad encuentran terreno abonado para su desarrollo en el campo de la Historia. En efecto, si hay que reconocerle a la postmodernidad algún mérito, es haber puesto en cuestión los planteamientos teóricos y metodológicos de la modernidad, levantados, en gran parte y especialmente, sobre el racionalismo filosófico y metodológico cartesiano. No olvidemos que este es un mérito de la cultura occidental, al decir de Umberto Eco, pero cues-

tionar los fundamentos racionales de la postmodernidad hace parte de la misma dinámica intelectual.

La búsqueda de nuevos horizontes metodológicos para la Historia no significa, en modo alguno, renunciar al rigor y la consistencia que demanda una empresa que se proponga la elaboración de un conocimiento científico. Buscar acciones distintas a la metodología tradicional no significa un llamado a la mediocridad en los conocimientos elaborados. Si el método puesto en juego no resiste los rigores de la crítica en el debate científico de interlocutores válidos, no veo nada que hacer, aparte de desecharlo como conocimiento socialmente valedero. La subjetividad no la entiendo como ausencia de rigor y consistencia conceptual. La subjetividad la entiendo como la imposibilidad de producir conocimientos, en el campo de las ciencias sociales, por encima de las consideraciones de lo humano, de su cultura, de su de su universo simbólico. Creo será una empresa al vacío insistir en la objetividad, en los términos que lo planteó el método cartesiano y que lo desarrolló, con grandes logros, la cultura occidental en las ciencias naturales.

El debate hoy parece que ha introducido otro componente. La explicación y la comprensión han sido siempre procedimientos clásicos para el abordaje de la investigación en las ciencias, no obstante, en la coyuntura actual es legítimo y valedero realizar otros ejercicios intelectuales que aportan al desarrollo y la consolidación de este componente, dado que son necesario tener en cuenta por el historiador. En efecto, “Weber habló de una explicación comprensiva”(Hernández, 1995:242) y “Piaget presenta en cambio la versión más amplia y extensible de este esfuerzo sincrético porque, en su propuesta, todas las ciencias pretenden, de un modo u otro y la vez, tanto comprender como explicar, siendo inseparable en la práctica ambos procesos” (Hernández, 1995).

En este sentido, no creo que haya lugar para que un historiador no se permita, si lo considera necesario, acudir a la descripción o la interpretación, como ejercicios mentales que podrían ayudar al investigador a consolidar su cometido, es decir, a comprender y hacerse comprender. No parece sea tiempo para volver o insistir, menos aún en las Ciencias Sociales, en la pretendida comprobación por vía de la demostración empírica o la verificación por vía de reproducción sistemática de los acontecimientos investigados. Miremos el mundo desde la otra orilla.

Finalmente quiero recuperar una parte del documento de (Aróstegui, 1995), respecto del problema del método en Historiografía, dado que recoge algo de las expectativas que tengo a propósito de esta temática. Así pues, “El método se construye siempre de manera muy ligada a los objetivos pretendidos por el conocimiento... Método de una determinada forma de conocimiento será, pues, el conjunto de prescripciones y decisiones que una disciplina emplea para garantizar, en la medida que alcance, un conocimiento adecuado. .. prescripciones porque un método es un conjunto de operaciones que están reguladas, que no son arbitrarias sino que tienen un orden y una obligatoriedad... decisiones porque un método no es un sistema cerrado ni mucho menos, sino que dentro de su orden de operaciones el sujeto que lo emplea debe decidir muchas veces por sí mismo”.... El método es el sujeto, sentencian los defensores de la subjetividad, para significar el hecho que el método no está por encima de las consideraciones de lo humano, que no puede ser una camisa de fuerza, que solo es un medio, un cómo y no un fin en sí mismo, que podemos modificarlo cuando sea necesario, a juicio de las necesidades del investigador. Haber centrado el debate epistemológico en el problema del método, ha sido, por lo observado, otro obstáculo que ha ahuyentado a muchos investigadores-iniciados a proseguir en esta labor. Parte de esta denuncia es el interés de ciertos tutores y facultades de clasificar primero la investigación para luego realizarla. ¿Así se hace ciencia?

El método por sí solo no garantiza los logros de una investigación. En consecuencia, hay que poner en cuestión la existencia de un método universalmente válido para las distintas disciplinas del conocimiento. Es una decisión del sujeto la elección de los procedimientos que considere necesario para indagar lo que ha definido para estudiar o problematizar, para explicar racionalmente. Lo que sí debe tener todo procedimiento elegido es el debido rigor, la consistencia y la coherencia que garanticen un acercamiento lo más profundo a lo que se propone estudiar y explicar.

Perspectivas

“La lectura de los signos se ha convertido, así, en el gran desafío para el historiador del presente” afirma Hernández Sandoica en documento ya referenciado. No obstante, el abordaje de este desafío no puede llevar al his-

toriador a desdibujarse en el campo de la Semiótica, por ello me parece pertinente recuperar su observación, por lo demás legítima, en el sentido que “Aceptar una concepción del lenguaje basada en la semiótica no nos obliga a abandonar nuestro esfuerzo por enriquecer nuestra comprensión del pasado como algo más que un conjunto de estrategias discursivas,” (Hernández, 1995). Si, desde la Lingüística, la Semiótica o la Hermenéutica se inaugura un horizonte distinto para la investigación historiográfica, parecería también una legítima decisión de aquellos historiadores que encuentran en este referentes los argumentos válidos para desarrollar su oficio, no habría porque satanizarlo.

Será la puesta en cuestión de los parámetros en juego el procedimiento que ofrezca una salida pertinente a la diferencia. Abordar con argumentos sólidos y consistentes, para apoyarse o para rechazarlos, si es el caso, los retos que le propone la postmodernidad han de ser la actitud esperada por la comunidad de historiadores.

Simultáneamente con lo anterior, los historiadores no podrían renunciar a la necesidad de consolidar su oficio como una ciencia, en el sentido de elaborar un conocimiento que explica y da cuenta de un fenómeno-problema. Es decir, no pueden renunciar a la cientificidad de la Historia, esto es, a su rigor, consistencia y coherencia. Aquí es necesario colocar en cuestión también el concepto de cientificidad en Historia, a la luz de la postmodernidad, ¿qué y quienes lo determinan?, ¿con base en que lo determinan?, ¿es válido insistir en los parámetros de la ciencia tradicional?, ¿poner en cuestión aquellos parámetros y buscar otros?, ¿llenará la postmodernidad esas expectativas?

Estas preguntas, entre otras, son claves para el abordaje del problema de la cientificidad en la Historia en la postmodernidad. En ningún caso habrá lugar para renunciar al rigor y la consistencia teórica y metodológica que demanda un conocimiento para ser catalogado como ciencia, particularmente, Ciencia Social, y específicamente Historia.

Hay también dos aspectos relevantes en el debate en curso. Se trata de indagar por los procesos de formación de los historiadores y los escenarios para enseñar la disciplina. En particular por los serios cuestionamientos de calidad que se le hacen tanto a uno como a lo otro, en especial, en Co-

lombia. En relación con la formación de los historiadores, parece ser un lugar común el reconocimiento de las inconsistencias que la caracterizan, así como la ausencia de preocupación de quienes ejercen el oficio por su formación y autoformación a los más profundos niveles. Una característica generalizada en el campo es la debilidad en los procedimientos para formar a quienes tienen la responsabilidad del ejercicio de problematizar la Historia, a este respecto puntualiza Aróstegui(1995:30) “ Quizás deba señalarse que en el mundo de los propios historiadores ha tardado mucho en manifestarse un verdadero espíritu científico, más o menos fundamentado”, más adelante prosigue” La verdad es que la historiografía no ha desterrado nunca enteramente, hasta hoy, la vieja tradición de cronística, de la descripción narrativa y de la despreocupación metodológica”

Un elemento clave en los procesos de formación de los historiadores tiene que ver con la función que cumplen las instituciones universitarias, la definición de sus propuestas curriculares y las acciones que desempeñen otras instituciones que promueven el ejercicio por la investigación historiográfica. Desde estos escenarios, pero fundamentalmente desde el debate con producción escrita, es como se le puede salir al paso a las inconsistencias teóricas y metodológicas de quienes ejercen el oficio de historiadores. La Historia no puede reducirse a un simple ejercicio de anecdótico con cierto sabor a charlatanería.

Frente al problema de la enseñanza de la disciplina, deben tenerse en cuenta, al menos dos aspectos claves: El dominio del saber disciplinar y el dominio del saber pedagógico. En efecto, una cosa es el dominio del saber social e históricamente elaborado, que es una obligación ineludible de todo profesional del campo y otro muy distinto es el dominio del saber pedagógico, que lo coloca en posición de desempeñarse competentemente como enseñante de una disciplina llamada Historia. A este respecto, un buen profesor no es el que maneja la materia que enseña, como piensa la investigadora Hernández Sandoica, además necesita el dominio profundo de otro campo, el de la Pedagogía.

El historiador, si aspira a desempeñarse como enseñante de sus conocimientos, tiene que adentrarse en el dominio de la pedagogía, campo en el que confluyen otras disciplina como la Psicología, la Sociología, la Psicolingüística, para mencionar solo tres. El problema de la Enseñanza de los

conocimientos, en nuestro caso, del conocimiento elaborado por los historiadores. Este es otro de los retos que deben abordar quienes se pretendan levantar como enseñantes de lo que producen como investigadores.

Finalmente, la postmodernidad ha puesto en cuestión el ordenamiento que había sido construido por la modernidad. Ponerlo en cuestión no significa acabarlo, solo es someterlo a un examen riguroso para develar sus inconsistencia y fortalezas y proseguir, como parte de una de las características de nuestra cultura. Por tal razón no se debería olvidar la sentencia de Morín (2001:74) “Si la modernidad se define como fe incondicional en el progreso, en la técnica, en la ciencia, en el desarrollo económico, entonces esta modernidad está muerta.”

Referencias

- AROSTEGUI, J. (1995). *La Investigación Histórica: Teoría y Método*. Barcelona (España): Crítica.
- APORTES Número 47 (Revista). *La postmodernidad: implicaciones para la educación*. Editorial DIMENSION EDUCATIVA. Santafé de Bogotá, 1997.
- ECO, U. Numero 41 (Revista). *Las guerras santas*. Santafé de Bogotá, 2002.
- HERNANDEZ, E. (1995). *Los Caminos de la Historia*. Madrid: Crítica.
- JARAMILLO, A; SCHMIDT, M. *Los Proyectos Pedagógicos de Aula: una propuesta que potencia el desarrollo humano*. En: Revista Alegría de Enseña, Número 23. Fundación FES. Cali, 1995.
- LYOTARD, Jean-Francisco. *La postmodernidad*. Editorial GEDISA. Barcelona, 1999.
- MORIN, Edgar. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro* MAGISTERIO. Bogotá, 2001.